

## A UNA TORTOLA

Tórtola, que misteriosa  
Querella de amores cantas,  
Dolorida;  
Azorada, temblorosa,  
Como la lluvia en las plantas  
Conmovida:

Que levantas arrullando  
De tu seno palpitante  
La alba pluma,  
Como el agua murmurando  
En las olas, vacilante,  
Leve espuma:

Tórtola tímida y bella,  
Melancólica veeina  
De los valles,  
Nunca tu blanca querella,  
Tu cántiga peregrina,  
Muda acalles:

Lleva a el aura ese ruido  
Que en las soledades mueven  
Tus acentos:  
Los ecos de tu gemido  
Siempre amorosos se eleven  
A los vientos.

Canta, canta dulcemente  
Con la tierna compañera  
Tus amores:  
Verás tu arrullo inocente  
Dar más vida a la pradera  
Y a las flores.

¿Más por qué si regalado  
Tu murmurio en mis oídos  
Desfallece,  
El pecho mío, turbado,  
A tus lánguidos gemidos  
Se estremece?

Pues en gemir son iguales,  
Nuestras voces uniremos  
Retiradas,  
Como de los manantiales  
Unirse las aguas vemos  
Separadas.

Mis suspiros lastimados,  
Tus arrullos gemidores  
Mezclaremos,  
Tú—sentidos, yo—soñados,  
Entrambas canto de amores  
Murmuremos.

Carolina CORONADO

## REENCUENTRO CON PARIS

Cortometraje en dos «secuencias» y una «advertencia final»

A mi hermano y mejor amigo incurable «dilettante» de las mil y una maravillas de Lutecia, por las que, sin embargo, no daría un trocito de cielo —siempre azul— de Extremadura.

### Primera «secuencia»: UN PAISAJE

**C**UALQUIER persona de mediana sensibilidad que llega a París por primera vez se ve instantáneamente «golpeada» por la impresión estética, de origen visual, que ha de producirle la contemplación de sus grandes y bellas perspectivas urbanas. Después de un simple recorrido «de guía turística» será difícil olvidar, por ejemplo, la plaza de la Concordia, inmenso rectángulo de más de ocho hectáreas, pleno de armonía y ritmo clásicos, y como dispuesto a enviar a otros planetas —cual mensaje de paz y cultura— el cohete espacial de su obelisco. La plaza del Trocadero, con su palacio Chaillot partido galantemente en dos para que el viandante, cara al Sena, pueda deleitarse en la contemplación de un paisaje urbano de una grandeza imponente. La plaza de Carrousel, con el esbelto arco de su mismo nombre, punto de conjunción de los palacios del Louvre —inmenso museo de museos— y los jardines de las Tullerías —nombre cargado de resonancias históricas—, en uno de cuyos ángulos se encuentra el palacete del Juego de Pelota, hoy relicario en que se guardan las más preciadas joyas de la pintura impresionista. (Desde el Arco de Carrousel, y tendiendo la vista hacia el Arco del Triunfo, se contempla un panorama de tal grandiosidad y belleza que dudo pueda encontrarsele parangón). La plaza Vendôme, artístico candelero con la enorme bujía de bronce en espiral de su columna, rematada por la llama quieta y fría del Corso, y sujeta a un pedestal que es un canto a sus victorias. (Eso de que París es un altar dedicado a Napoleón será un poco irreverente, pero no es del todo inexacto). La plaza del Panteón y sus aledaños, conjunto de tan puro sabor grecorromano, que está uno a punto de inquirir: «¿si estamos en la Atenas de Pericles, ¿por qué no visten clámide esos ciudadanos que pasan ahora bajo los capiteles corintios del Panteón?». La plaza de la Opera, con el mayor y más suntuoso templo lírico del mundo. La explanada de los Inválidos —hoy museo del Ejército y tumba de Napoleón—, desde cuya fachada Norte se admira otra perspectiva majestuosa. El Campo de Marte escenario de la Exposición Universa-

conmemorativa del primer centenario de la Revolución —, donde montan guardia sin relevo la Escuela Militar y — como alguien dijo — esa locura de hierro que es la Torre Eiffel. Los bosques de Bolonia y Vincennes, verdaderos pulmones colectivos de ocho millones de seres, juntamente con los cartesianos jardines de Luxemburgo, sede actual del Senado, y el romántico parque Monceau, esmeralda engarzada en un barrio lleno de empaque y señorío, donde resulta grato descubrir la calle Velázquez. Los grandes bulevares y las avenidas de los Campos Elíseos, del Ejército, etc., sobre cuyas anchas calzadas tienden los coches el más fantástico de los tapices.

Y no digamos nada de las panorámicas de conjunto que pueden contemplarse desde lo alto de algunos monumentos y edificios, como el Sagrado Corazón, blanca y enorme mole de dudoso gusto bizantino, construida en lo alto del — por tan dispares motivos — famoso Montmartre — Monte de los Mártires —, y donde — ¡hecho curiosísimo! — se conservan unas parcelas de bien cuidadas vides, como recuerdo simbólico de sus, en otros tiempos, célebres vinos, y que sirven de pretexto para organizar todos los años unos festejos ofrecidos a Baco. La Torre Eiffel — ¡cómo no! —, para mí maravilloso maridaje del arte y la técnica finiseculares, a pesar de cuanto en contra de su proyecto dijieran entonces Leconte de Lisle, Sully, Prudhomme, Dumas, hijo, y otros hombres de letras. El Arco del Triunfo, sinfonía arquitectónica que, como otras muchas, no pudo ver terminada ese Schubert de tantas sinfonías inacabadas que fué Napoleón. (Me place recordar en este momento el grandioso cosmorama que se admira desde lo alto de este monumento, a donde llega, como un oleaje lejano, el bordoneo incesante de los cientos y cientos de automóviles que giran imantados y sin solución de continuidad alrededor del arco, cual un inmenso y fantástico «tiovivo»).

Y para cerrar este rápido e incompleto recorrido «in mente» por París, he dejado adrede el recuerdo más persistente y nítido de todo este mágico caleidoscopio de perspectivas inigualables: el espectáculo imborrable y único del Sena, retorciéndose con voluptuosidad de amante apasionado, como sintiendo — ¡y quién sabe! — dejar París; con su medio centenar de puentes, todos distintos entre sí, como son distintas la historia y la leyenda de cada uno; con los famosos «bouquinistes» cubriendo la «carrera» con las «armas» de sus cajones sorpresa, donde «conviven» pacíficamente Voltaire y Kempis, la Biblia y el Corán; con los ligeros «bateaux-mouches», bailarines incansables del popular y nostálgico vals «sous les ponts de Paris»; con la música intraducible de esos millones de notas vivas que son los alados pobladores de las islas de la «Cité» y de San Luis; con los funambulescos «clochards», príncipes envidiados de un reino miliunanesco, en el que cada puente es un palacio encantado...; y presidiendo este conjunto de ensueño, amorosamente abrazado por el río, como si éste se hubiese abierto expresamente para recogerle y retenerle eternamente anclado en su regazo, ese navío de alucinante y onírica arboladura gótica que es Notre Dame... ¡Maravillosa y fascinante armonía la de París y su río!

## Segunda «secuencia»: UN AMBIENTE

—¿Qué te ha parecido París?

Así, seca y escuetamente, suele dispararse esta pregunta. A lo más algunos, para dárseles de «entendidos», suelen añadir con caras de pillines: «París... ¡oh, c'est l'amour...!», con una sonrisa maliciosa que parece decir: «¡Hala...!, comienza ya tus relatos donjuanescos!».

Dejando aparte este «engañabobos» — que es eso del amor fácil en París (y cuya supercheria sólo es comparable a esa otra por virtud de la cual todos los españoles somos «toreadores» y pasionales) —, yo creo que preguntarle a uno que qué le parece París es, en rigor, algo así como preguntarle que qué le parece Europa y la civilización occidental. Comprendo que la pregunta no pretende ser nunca tan amplia ni tiene ese alcance al que yo aludo, quizás un poco pedantesco. Pero aun referida a los límites de su verdadera intención; esto es, a lo que es París en sí — como urbe, y no a lo que representa y simboliza para cualquier europeo, no quisiera limitarme a decir, como un turista más después de subir a la Torre Eiffel y recorrer a paso de carga sus bulevares, sus museos y sus parques, que París es maravilloso. Y — como queda demostrado — no es porque dude de que París, en este sentido puramente urbanístico y artístico, sea maravilloso. Lo que ocurre es que, por encima de todo esto, hay algo en París que tiene para mí un atractivo particular: su cordialidad, su buen gusto, su cultura; esa atmósfera, en fin, sugestiva, ecléctica y universal, que sin traicionar nunca su personalidad dos veces milenaria y bien definida, hace olvidar al extranjero precisamente eso: su condición de habitante más o menos temporal de un país que no es el suyo propio. Esto, sin duda, explica mejor que esa teoría interminable de su tesoro artístico e histórico, su condición indiscutible e indiscutida de primera encrucijada mundial de «rendez-vous» de gentes de todas las razas y creencias, que en su grado no posee, en mi modesta opinión, ninguna otra ciudad del mundo. Es indudable que en las ciudades como en las personas hay algo más interesante, definidor y definitivo que los rasgos externos, que la figura, por atrayente que ésta sea; algo que no se entrega fácilmente al primer encuentro y que hay que conquistar a fuerza de amor y perseverancia, pero que una vez en su posesión nos deja seducido y enamorado para siempre. Ese algo inaprehensible, sutil y difuso, pero a la vez real y distinto, que es el alma, el espíritu de la ciudad.

Esto es lo que yo he intentado comprender perdiéndome solo horas y horas por las calles de París, y no sólo por las calles bulliciosas de los vivos, sino también por las calles silenciosas de los muertos (¡oh, cementerios del «Père Lachaise» y de Montmartre!), porque pienso que para comprender el espíritu de los vivos no hay como resucitar en nosotros el espíritu de los muertos que fueron representativos, ya que el presente sólo se hace inteligible en función del pasado; esto es, de la Historia.

De París, como de tantas otras ciudades y aun países, hay por ahí un clisé de exportación en el que hay que creer con una especie

de obligación oficial o de pueril beatería. Este clisé no hay quien no se lo sepa de memoria, aunque no haya estado nunca en París: es una combinación hecha a base de Moulin Rouge, Saint Germain des Prés, Champs Elysées, rue de la Paix, etc., y que agitado maquívicamente en las cocteleras de las agencias y centros de turismo da un precipitado irresistible y tentador de placer, bohemia, frivolidad y lujo. Yo no me atrevería a decir que esto no es París; lo que sí niego es que París sólo sea esto. Yo sé algo de otro París muy diferente y no menos auténtico. Por ejemplo, el París de los barrios periféricos del gran René Clair de «Puerta de las Lilas», o el de las calles Mouffetard, en el Barrio Latino y de Lepic, en Montmartre, por no citar más que una calle de cada «rive»: Un París bueno, humano, solidario, creyente y un poco aldeano, libre de angustias psicopáticas y freudianas. Y conozco también —éste algo mejor— el París de los grandes suburbios fabriles, donde una población heterogénea de miles y miles de seres, sólo a unos centenares de pasos de Pigalle, labora en el anonimato heroico del trabajo por la prosperidad y grandeza de Francia, en la que cree con una fe monolítica y a salvo de toda diferencia ideológica y social.

Y aun queda otro aspecto de París, sin duda el más admirable y glorioso, pero al que yo no puedo hacer otra cosa que saludar de lejos con admiración y respeto: el París de las Artes, las Letras y las Ciencias, matrona inagotable de ideas y —¿por qué no?— de «ismos», cuya fuerza centrípeta dentro del cosmo sin frontera de la inteligencia humana, le ha hecho merecer justamente el más bello y universal de sus títulos: el de Ciudad Luz.

Naturalmente, yo no puedo pretender que el que vaya a París por unos días se interese por estos aspectos de París que pudiéramos llamar extraturísticos. Si he dicho todo esto es porque, aunque cada vez menos, todavía queda por aquí alguno que por haber pasado una noche en Montmartre —o, más concretamente, en el «Boulevard» Clichy—, y aun sin haber estado allí nunca, cree sinceramente que todo París es una especie de lupanar o de templo profano donde sólo se adora a Dionisio y Venus. Lo que viene a ser tan erróneo y funesto como presumir de conocer a Madrid por haber pasado una noche en alguna sala de fiesta de su Gran Vía.

#### LA ADVERTENCIA FINAL

No necesitaría decir que estas impresiones que acabo torpemente de esbozar son frutos de una observación y hasta de un estado anímico personalísimos, y que por ello no tienen otro valor informativo que el que cada uno quiera buenamente concederle. Por otra parte, sería verdaderamente pueril que a estas alturas pretendiera alguien «descubrir» París; pero si ese alguien, además, fuese español, la puerilidad rayaría en ridiculez, porque sobre Lutecia se han escrito en castellano páginas insuperables por tantos españoles ilustres —en tropel acuden a mi memorial—, que hicieron de París una segunda patria de adopción.

MANUEL GARCIA MONTERO

## D O S

### Sonetos Quevedescos Imaginativos

Polilla clerical, bruja beata,  
de rezos sin calor, disco rayado,  
alacrán de aguijón envenenado  
que al clavarse en la honra hiere y mata;

sanguijuela del pobre, garrapata...;  
engordas mientras finge tu pecado  
que ofreces caridad y haces mercado,  
tú, que a nadie, jamás, diste una lata.

Sabandija feroz, ¿te crees llamada  
a gozar de un celeste latifundio  
comprado con engaño? Habría que verlo.

Puerta estrecha del cielo, tan cerrada,  
no abre su umbral al soplo del infundio,  
ni se cruza al compás del «estraperlo».

\*\*\*

Se levanta a las diez como un bendito;  
se ahita de torreznos y aguardiente;  
sale y fisga si monta mucha gente  
en el auto y, cumpliendo con el rito

(conservare... *dineris*), pian, pianito,  
va al casino a leer gratuitamente  
«el papel»; mata así, estúpidamente  
la mañana. Al motor del apetito,

en el pesebre da. Regresa al vuelo,  
a jugarse un café, que siempre gana,  
y a sacarle seis perras al chamele;

más pesebre..., y roncar..., y, hasta mañana.  
(Y como yo no soy un Víctor Hugo,  
ceso ya de cantar a este besugo).

Ramón DIAZ MORA